

REDONDA

El lugar de Redonda pertenece al municipio de Corcubión. Se encuentra a unos 4 km de la capital municipal, desde la cual se llega saliendo en dirección Fisterra por la AC-445. Recorridos unos 2 km, hay que desviarse a la izquierda hasta llegar a la población de Redonda. Para ir a la iglesia hay que atravesar el núcleo y continuar por la carretera, que desemboca en el atrio del templo.

El templo, en la actualidad, aún se encuentra distante del pueblo y rodeado por una arboleda que tapa las vistas de la costa y de la población de Finisterre. En las proximidades está el castillo del Cardenal, fortificación dieciochesca que funcionaba en el acceso a la ría como defensa de los ataques de los ingleses, junto con el Castillo del Príncipe, situado en la otra orilla de la bahía.

Las incursiones de pueblos extranjeros fueron un problema común a toda la costa gallega en la Edad Media, ocasionadas por expediciones vikingas y razzias musulmanas. Entre los siglos IX y XI se vivió un momento de gran inestabilidad. Se conservan algunos documentos sobre los saqueos y la devastación que dejaban a su paso. El temor de la población le llevaba a esconderse tierra adentro en los meses más propicios a la llegada de asaltantes. Las autoridades eclesiásticas se vieron obligadas a hacer frente a los atacantes con flotas y mejorando las fortificaciones costeras, aunque no hay constancia de la edificación de ninguna en la Costa da Morte. Aunque, como ocurre en muchas otras iglesias rurales gallegas, carecemos de referencias documentales sobre San Pedro de Redonda, es posible que se viese afectada por esta situación de inestabilidad. Hay que esperar a época moderna para tener las primeras alusiones a ella, cuando el cardenal del Hoyo, durante su visita, a comienzos del siglo XVII, recoge que se trataba de un anexo de la iglesia de San Marcos de Corcubión, situación que se mantiene. La describe pobre, tanto por el reducido número de feligreses como por encontrarse apartada de las casas.

Iglesia de San Pedro

EL TEMPLO ROMÁNICO de San Pedro de Redonda es muy sencillo, se compone de una nave y un presbiterio rectangular al que se adosó con posterioridad una sacristía al lado norte.

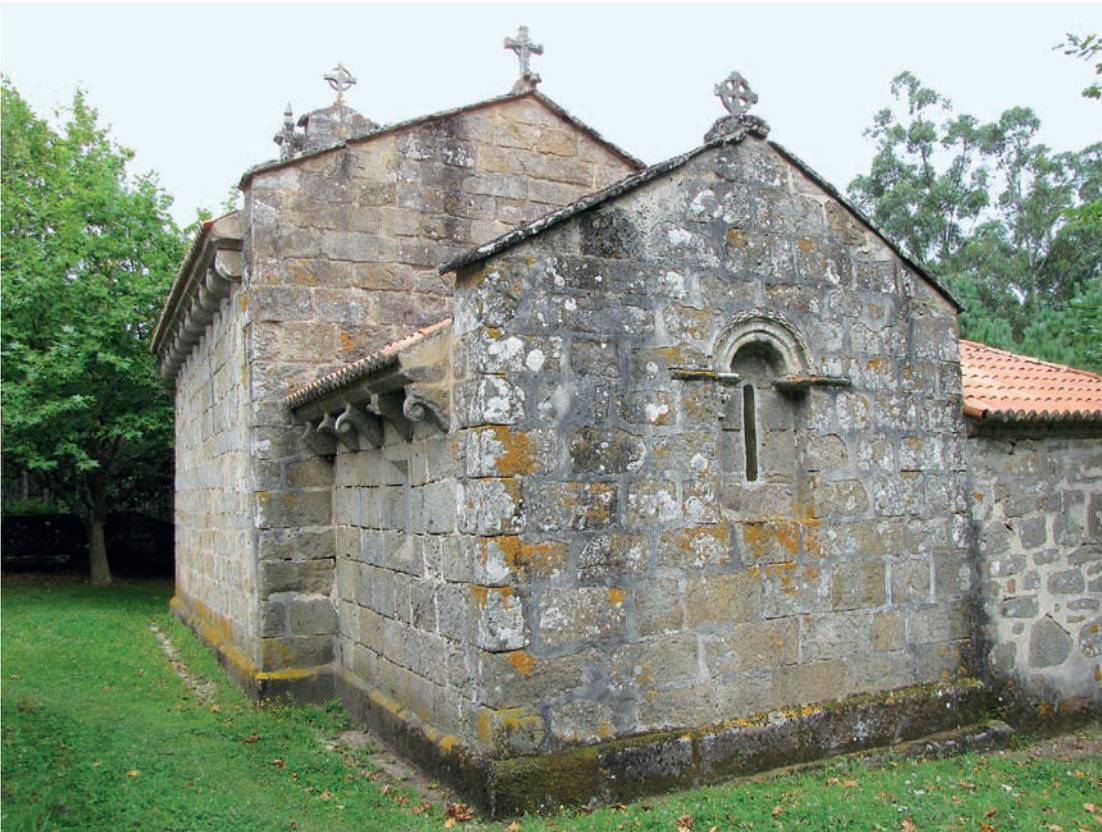
Los muros románicos están contruidos con sillería granítica bien escuadrada, por lo que se diferencian bien de los de la sacristía, realizados con mampostería. Tanto la nave como el presbiterio tienen tejados a dos aguas con teja curva. En el interior, la primera se cubre con una techumbre de madera a dos aguas, mientras que la segunda lo hace con una bóveda de cañón de medio punto.

El acceso al presbiterio se realiza a través de un arco triunfal de medio punto y doblado. El arco menor moldura su arista con un bocel, al que sigue en la rosca una media caña y una estrecha franja lisa en la cara exterior. Las dovelas de este arco interior presentan, en el intradós, una disposición particular de las dovelas, que no son monolí-

ticas, sino que muchas están formadas por dos piezas, por lo que parece componerse de aparejo. El arco exterior se decora con una serie de tacos dispuestos en una o dos filas, con un fuerte tratamiento volumétrico.

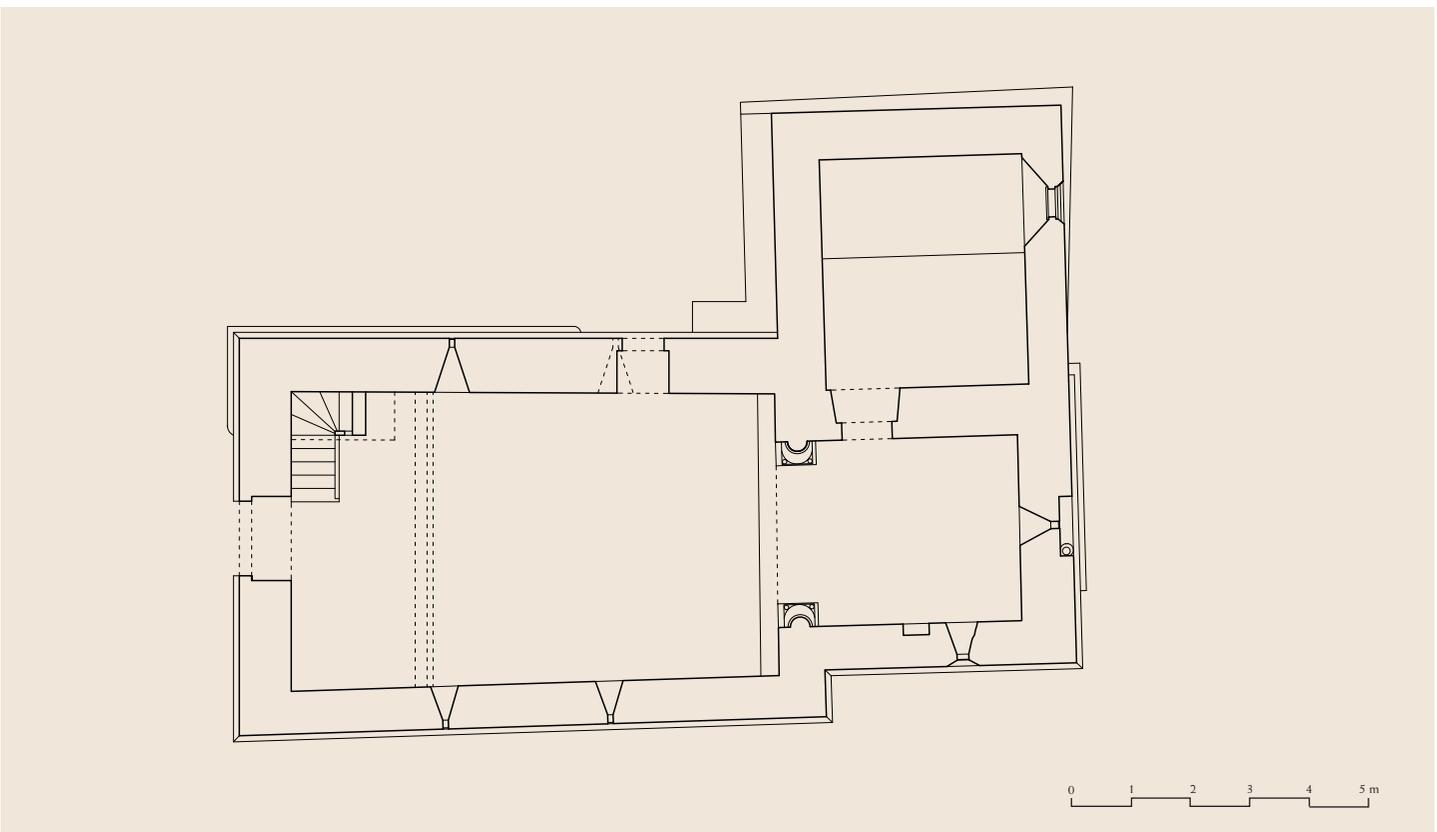
Mientras que la dobladura carga sobre los muros, el arco menor lo hace sobre una pareja de semicolumnas que se alzan sobre basas de inspiración ática, donde en lugar de garras hay bolas. El toro inferior presenta una curiosa organización: en lugar de tener el perfil curvo, recibe un corte recto y hay una serie de rebajes cuadrados dispuestos rítmicamente, creando un motivo ajedrezado a base de rehundidos. Los altos plintos cúbicos tienen como única decoración unas líneas incisas que marcan los contornos. Los fustes lisos son cortos y se componen únicamente de tres tambores de la misma altura que las hiladas.

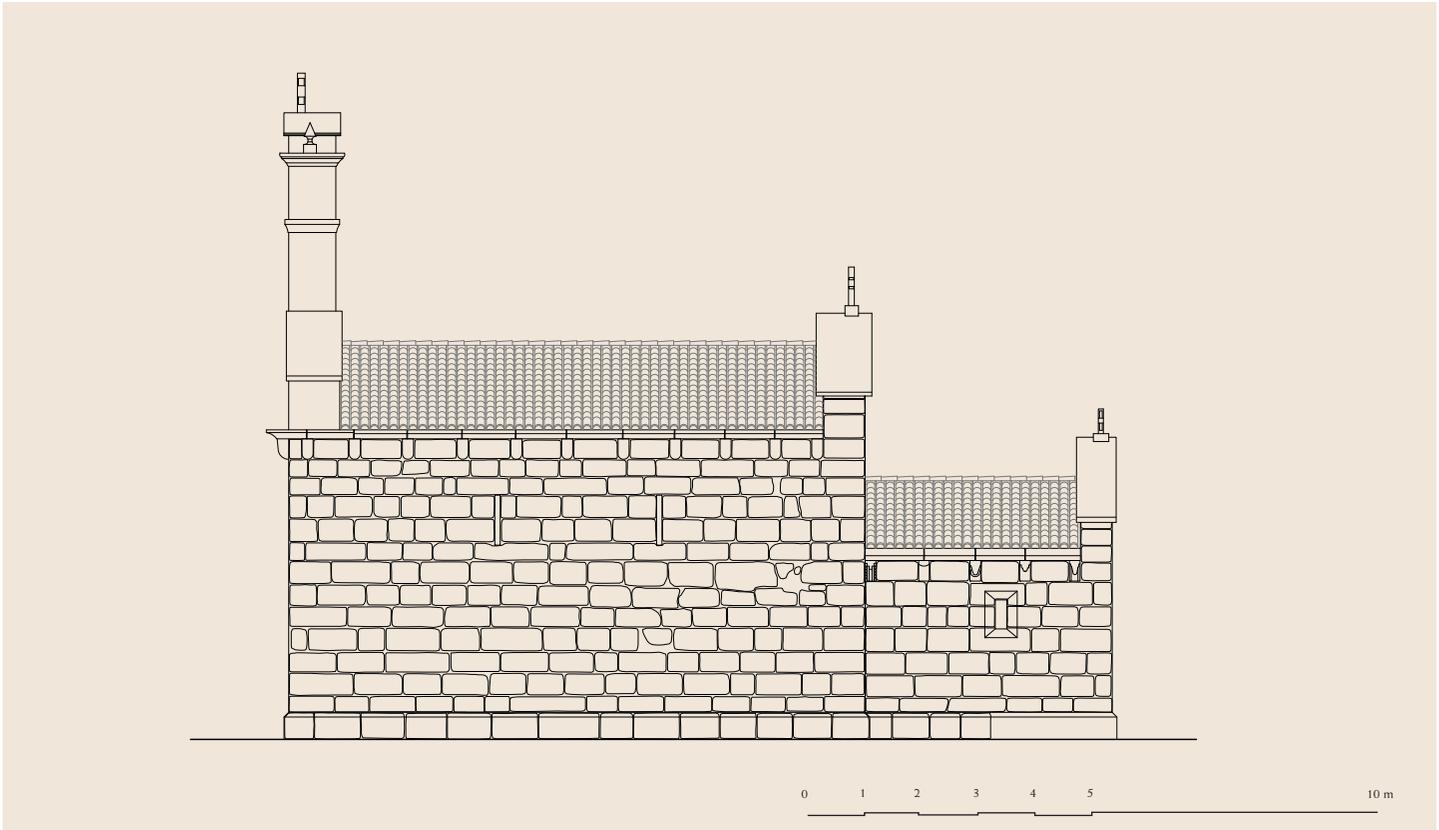
Los capiteles tienen gruesos collarinos de los que parten las hojas organizadas en un único orden. Las hojas son



Exterior

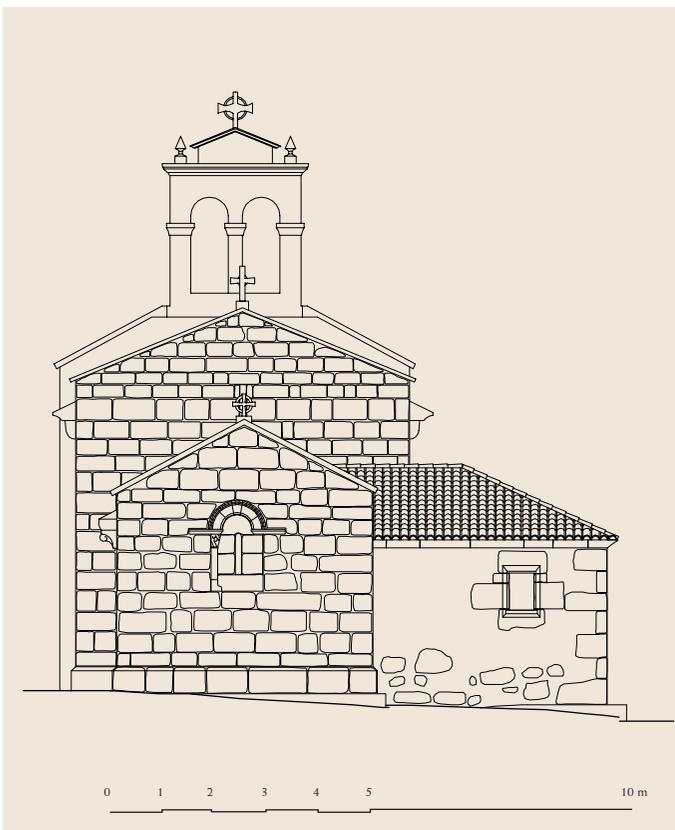
Planta





Alzado sur

Alzado este



Ventana del testero



anchas, con el nervio central marcado, del que arrancan nervaduras menores. Las hojas de ambas cestas se rematan en bolas, pero resultan especialmente llamativas las del septentrional porque los extremos de las hojas se bifurcan de tal modo que en el borde hay dos pomas en lugar de una. Sobre este nivel de hojas se disponen, en un espacio reducido, unos tacos lisos.

Sobre los capiteles se sitúan unos cimacios biselados, decorados con pequeñas bolas; en el del evangelio están colocados describiendo una línea en zigzag, mientras que en el del otro costado se organizan en grupos de tres formando triángulos. Los cimacios se impostan por el testero de la nave hasta los muros laterales y por el interior del ábside, recorriendo todo el perímetro interno, incluido el testero, donde se veía interrumpido por la saetera central. Por el testero de la nave la imposta es lisa, pero en el presbiterio está decorada con gruesos billetes; desafortunadamente en el testero fue rebajada, probablemente para poder colocar pegado a la pared un retablo manierista, hoy desaparecido.

En el interior, el presbiterio se encuentra enlucido y recubierto con pinturas en el testero y la bóveda. Las pinturas del muro del fondo aparecieron tras retirar el retablo mayor; se componen de motivos vegetales de tono rojizo y están datadas a finales del siglo XVI. Las de la bóveda fueron encontradas con posterioridad, tras desprenderse algunas partes del enlucido; en el fragmento que permanece a la vista aparece un sol, humanizado con un rostro, y múltiples estrellas y puntos que emulan el firmamento.

En el testero del ábside se abre una saetera abocinada y de medio punto; como está cubierta por las pinturas, no se puede determinar si el arco es monolítico o estaba dovelado; este segundo esquema es el más habitual en las aspilleras de los presbiterios de las iglesias románicas de la zona, así como en el resto de los vanos de Redonda. En los muros laterales se practicaron, al Norte, una puerta que da acceso a la sacristía y, en el lado meridional, una ventana adintelada. Ambos vanos se abrieron en época moderna, cuando las nuevas necesidades litúrgicas demandaron un lugar para guardar las vestiduras ceremoniales y la colocación de un retablo tras el que se ocultó el único punto de luz de la cabecera.

La nave es muy sencilla. Además de las puertas de acceso occidental y septentrional coronadas por arcos de medio punto, se conservan las seis saeteras que la iluminan. Están situadas una pareja en cada muro lateral y otras dos en los lados menores: una en el testero, sobre el arco triunfal, y otra en la cara interna de la fachada occidental. Estas saeteras tienen un fuerte derrame interno y se cierran en arco de medio punto despiezado.

En el muro meridional, cerca del presbiterio, se conserva una hornacina de pequeñas dimensiones, cuya altura total, incluido el borde exterior del arco de medio punto, abarca tan solo dos hiladas de sillares. Se remata en un arco de medio punto donde se emula el despiece de las dovelas mediante unas incisiones radiales en el sillar superior. Aunque la presencia de hornacinas no es ajena al románico, lo habitual es que se ubiquen en uno de los muros laterales del presbiterio, donde hacían la función de credencias que albergaban los objetos litúrgicos antes de la construcción de las sacristías. Este uso estaría totalmente descartado en el caso de Redonda y habría que pensar, tal vez, en el cobijo de una pequeña escultura.

En la parte occidental de la nave se conservan marcas lapidarias en varios sillares. Se pueden clasificar en dos tipos: las de tres líneas paralelas verticales y las de "U" con líneas divergentes.

En el exterior todos los muros románicos se alzan sobre un zócalo ligeramente sobresaliente, con un único retallo con la arista achaflanada; no obstante, en la esquina nororiental del ábside, donde el terreno experimenta un ligero desnivel, se ve parte de un segundo escalón.

Lo más sobresaliente del exterior es la ventana del testero del ábside. Se cierra con un arco de medio punto con la arista abocelada y una chambrana abilletada. Aunque descansaba sobre una pareja de columnas acodilladas, en la actualidad sólo se conserva la meridional. Tiene una basa tan erosionada, que la escocia y el toro superior no se aprecian. El fuste monolítico tiene un canon bastante corto. En el capitel vegetal se repite el modelo del arco triunfal, con hojas terminadas en pomas y tacos, en la parte superior, aunque se ha adaptado al espacio disponible en una cesta acodillada. Los cimacios de ambos lados son achaflanados y estrechos, también están muy desgastados, por lo que no es posible definir si tenían alguna ornamentación. Los cimacios se impostan en los muros varias decenas de centímetros.

El piñón del testero del ábside lo corona una cruz griega con los brazos potenciados y unidos por un círculo central; tiene como sustentáculo un sillar alargado, muy degradado como para saber si se trataba de una pieza tallada con forma de animal.

Mientras el alero norte quedó oculto al construir la sacristía, el meridional se conserva íntegro con cinco canecillos vegetales sosteniendo cobijas achaflanadas. Dos canes tienen hojas apuntadas terminadas en pomas con un buen tratamiento volumétrico y mucho vuelo, otro es una hoja apuntada lisa y otros dos están mutilados en la parte superior. Aunque las piezas partidas podrían confundirse con canecillos de tipo geométrico, como la fractura se pro-



Alero del ábside

duce más allá del borde de las cobijas, se trataba de piezas figuradas con decoración vegetal, posiblemente simples hojas apuntadas.

Los muros laterales de la nave son muy sencillos, únicamente la fachada septentrional tiene puerta. Este acceso se cierra con un dintel pentagonal monolítico apoyado en unas jambas lisas. En cada frente se abre una pareja de saeteras que, aunque en el interior son abocinadas y rematadas en arco de medio punto, tienen apariencia rectangular, pero su aspecto actual se debe a un repicado reciente del arco superior para facilitar la colocación de las ventanas.

El alero es sencillo, con canecillos en cuarto de bocel que sustentan cobijas achaflanadas, en el lateral norte, y en nacela poco pronunciada, en el sur. Este cierre del tejado corresponde a una reforma moderna que intentó ser respetuosa con las formas románicas. En ella se sustituyeron las dos hiladas superiores del muro, en la que están los canecillos y tabicas, y la inmediata inferior, y a la vez se colocaron estos nuevos canecillos.

El alero de la nave presenta la peculiaridad de continuarse con el tejeroz que decora la parte alta del imafronte; no obstante, la unión de los tres frentes no es románica pues las piezas de las esquinas tienen poco desgaste y una menor altura que las de los aleros. La fachada occidental tiene la estructura habitual de tres niveles: puerta, ventana

y espadaña. El acceso comparte las mismas características que el lateral, con la salvedad de que el dintel tiene incisa una cruz, ahora parcialmente oculta por un azulejo. En la cruz, los brazos son simples líneas terminadas en pequeños círculos. En la parte central del imafronte aparece la saetera, justo por encima del mencionado tejeroz con canecillos también en cuarto de bocel, fruto de una reforma. Corona la fachada una espadaña de doble tronera, aunque es de factura moderna, como revelan el tipo de sillares y molduras empleados, debe de sustituir a una previa, por lo que la estructura general de la fachada medieval se mantiene.

El extremo opuesto, coronando el piñón del testero de la nave, se remata con una potente cruz antefija moderna, sostenida por cordero tumbado con una gran cornamenta curva.

El templo de Redonda ha llegado poco alterado hasta nosotros; a excepción de la sacristía aneja al lado norte y la modificación de la espadaña, no ha sufrido grandes modificaciones, lo que no resulta muy habitual. A la hora de establecer paralelos entre la decoración de San Pedro de Redonda con otros edificios románicos, hay que señalar que se encuentra en la órbita de otros templos de la zona. Entre los elementos comunes a la mayoría de los templos rurales de la Costa da Morte se pueden destacar las roscas menores de los arcos con dovelas aparejadas, la continui-



Capitel del arco triunfal



Capitel del arco triunfal



Basa del arco triunfal

dad de los cimacios como impostas decoradas por todo el interior del presbiterio, incluido el testero, punto donde se interrumpen por una saetera muy alta con el arco de medio punto despiezado, y capiteles vegetales derivados del hacer de los talleres compostelanos que trabajaron en el crucero y el arranque de las naves. No obstante, con el templo que más similitudes muestra es con el de Santa Locadia de Frixe (Muxía), del que dista unos 15 km. Comparte con él la ornamentación del arco triunfal, la molduración del arco y la dobladura taqueada, los capiteles de tipo vegetal, incluido el que presenta el vértice de cada hoja bifurcado con dos pomas, y, sobre todo, el tipo de basa con pomas, el plinto con incisiones marcando las aristas y el toro inferior decorado con tacos rehundidos. En el exterior ambos tienen ventanas con desarrollo completo en los testeros y ostentan similares cestas y el abocelamiento en la arquivolta y la chambrana. Además hay detalles menores, como el tratamiento que reciben las hornacinas del presbiterio de Frixe y de la nave de Redonda, pues ambas tienen una altura similar, una disposición idéntica con respecto a los sillares entre los que se abren y el despiece de dovelas marcado por incisiones. El gran parecido entre ambas obras llevó a Ferrín González a considerarlas del mismo taller. En la iglesia de Frixe se aprecia una mayor calidad y riqueza en la decoración, como son las cobijas taqueadas del alero o una proporción más esbelta de las columnas de la ventana exterior, lo que hace considerar que tenga una cronología ligeramente anterior.

En cuanto a la cronología de Redonda, atendiendo a todas las cuestiones analizadas, podría fecharse en el tránsito del siglo XII y el XIII.

Texto y fotos: AMPF - Planos: AAR

Bibliografía

CASTILLO LÓPEZ, A. del, 1972, p. 491; DOMINGO PÉREZ-UGENA, M. J., 1998b, p. 179; HOYO, J. del, s. a. (1607), p. 381; FERREIRA PRIEGUE, E., 1988a, p. 67; FERRÍN GONZÁLEZ, J. R., 1995, pp. 111-112; FERRÍN GONZÁLEZ, J. R., 1999a, pp. 114-117; GARCÍA IGLESIAS, J. M., 1989, ficha III 2; HISTORIA COMPOSTELANA, 1950, Libro I, cap. 2, pp. 26-28; cap. 76, pp. 136-137; cap. 103, pp. 192-195, Libro II, cap. 21, pp. 281-283; caps. 23-24, pp. 285-287; LÓPEZ VÁZQUEZ, J. M., 1978, pp. 20-21, 25-26; SÁNCHEZ PARDO, J. C., 2010b, pp. 57-86; SORALUCE BLOND, J. R. y FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ, X. (dirs.), 1995-2010d, IV, pp. 90-91.